

¿Por qué la nueva económica?

Hugo Azcuy

La república soviética de los primeros años tuvo, sin lugar a dudas, una verdadera constelación en el pensamiento político y económico. La revolución de Octubre fue el primer experimento de intento de realización del socialismo en un país. Ello significaba el inicio de una práctica anteriormente inexistente, que se emprendía en condiciones excepcionalmente difíciles y no previstas en ninguna teoría. La polémica y la crítica constituían vías casi ineludibles de esclarecimiento y ambas se ejercieron y dieron, en algunos casos, resultados brillantes. En estas circunstancias escribió Eugenio Preobrajenski "La nueva económica",¹

Los análisis de Preobrajenski admiran por su profundidad y visión perspectivas, por su riqueza de ideas, abarcadora de un conjunto tal de problemas que a veces prefigura, en una imaginación selectiva, los acontecimientos posteriores. La descripción de la realidad, la fijación de tendencias, los métodos, la especificidad de la nueva situación y la consiguiente necesidad de reconocimiento de un

¹ La nueva económica. I. del Libro, La Habana, 1968, un libro realmente notable.

vacío teórico junto a agudas observaciones políticas, le dan a la obra un doble valor: teórico e histórico. No obstante, sus términos polémicos fueron cancelados por la construcción socialista. La historia de los hombres y sus decisiones resolvió en una práctica determinada el camino, pero no el debate planteado y las opciones posibles no realizadas. Leer "La nueva económica" es como encontrar un eslabón suelto y sorprendernos con la actualidad que puede tener lo que aconteció hace cuatro décadas.

Algunos han criticado a Preobrajenski sin tomar en cuenta que sus proposiciones quedaron al margen de la historia. No es ésta nuestra intención, sólo queremos hacer algunas breves reflexiones a propósito de "La nueva económica". Hay allí problemas que trascienden al momento y al autor.

Preobrajenski es un marxista con un notable sentido crítico y una de sus proposiciones más profunda y brillante es la que resulta del análisis que hace de la lógica utilizada por Marx en "El Capital" y de la correspondencia específica de esta lógica con un objeto determinado. Los mecanismos básicos de una eco-

nomía que se presenta como el desorden mismo no pueden ser comprendidos y contruidos más que en un grado extremo de abstracción, que prescindiendo del caos real explique, sin embargo, la existencia de líneas armónicas de desarrollo y de una racionalidad indispensable a la constitución de la estructura económica.

En el modelo de Marx, por tanto, el concepto de ley expresa ciertas relaciones causales. Se trata, pues, de un concepto de ley determinado por su objeto de aplicación, que ha sido previamente construido y fuera del cual se pierde, por lo tanto, su valor. Ni las leyes ni el método de "El capital" constituyen absolutos. ¿Qué sucederá, por ejemplo, cuando la economía sea otra, cuando la racionalidad estructural sea identificable con una administración total? Entonces la dialéctica analítico abstracta de Marx se hace innecesaria. Algo de esto acontecía con la sociedad soviética y Preobrajenski extrajo las conclusiones pertinentes: la nueva realidad exige un nuevo método de estudio, la tecnología social sustituirá a la economía política. Ya el conocimiento no necesita de la búsqueda, mediante

la abstracción progresiva, de nexos causales subyacentes al caos fenoménico. Todo este proceso se presenta con una coherencia y lucidez tales en el libro que los argumentos parecen irrefutables y tal vez esto explique, parcialmente al menos, las diatribas de que fue objeto. Pero la misma profundidad de visión necesaria para este descubrimiento lo es también para sus implicaciones. Aquí entran en juego otras proposiciones más generales del materialismo histórico muy diversamente interpretadas, al parecer por su misma ambigüedad. Las leyes de "El Capital" se sustentan en el concepto de causalidad; los efectos de la ley del valor no son el producto de una decisión personal, se remiten a una relación necesaria que excluye toda voluntad previa. Si se suprimen estos supuestos se cae el concepto mismo de ley. Algo de esto ve Preobrajenski cuando a partir de las condiciones nuevas creadas por la sociedad soviética intenta redefinir lo que es una ley en las nuevas circunstancias en los términos siguientes: "lo que es económicamente necesario es concebido de antemano, tomando en cuenta previamente y llevado des-

pués a una acción organizada en una dirección dada". (Pág. 56). Aquí desaparece la "relación necesaria que excluye toda voluntad previa", los efectos son el producto de un plan, y habría que señalar a éste como causa si persistimos en hablar de ley, pero sabemos que el plan no puede existir sin decisiones personales. Además, ¿qué es lo económicamente necesario?, ¿es que cuando se toma una vía no representa ella una opción respecto a otras vías posibles?, ¿cuando nosotros hoy y en Cuba decidimos producir 10 millones de toneladas de azúcar o desarrollar los cítricos estamos simplemente tomando conciencia de algo inevitable?, ¿no hay aquí una elección y por tanto una ausencia de predeterminación?, ¿no exige esto una transformación radical de los métodos y una revaloración de los supuestos de la teoría económica? Pero Preobrajenski insiste en el carácter básico de la economía como tal y en la necesidad de comenzar todos los análisis por la base, sólo que ahora ellos ofrecían "más dificultades para la abstracción que bajo el capitalismo" (p. 60). En realidad un estudio puro (abstracto) de la economía socialista

sólo puede conducir a uno de estos tres tipos de teoría: 1.—algunas *verdades* rudimentarias y elementales que se presentan enfáticamente como grandes conquistas de la ciencia, 2.—la traslación mecánica de las estructuras de “El Capital” a la economía socialista, ó 3.—una descripción presentada en forma de teoría de la economía de un país determinado en un momento determinado.

Se ha repetido muchas veces que el marxismo tiene un doble carácter: por una parte insiste en un condicionamiento, en una determinación de los procesos que nos convierte en objeto de la historia, y por otra realiza la voluntad, el carácter decisivo de la acción organizada. En el conjunto de la obra de Marx esta dialéctica se presenta con una extraordinaria riqueza de formas que excluye toda reducción o esquematismo. Otra ha sido la historia de los marxistas, de los marxistas que han hecho del hombre un instrumento de “los procesos objetivos”, para los cuales todo está condicionado y es el resultado de “leyes ineluctables”. En la práctica esta *ideología* ha significado la canonización de un voluntarismo a ultranza que ha presentado de-

cisiones muy concretas y localizables como el “reconocimiento de la necesidad” y ha eludido con ello toda responsabilidad histórica, todo rendimiento de cuentas. Preobrajenski y su teoría, a la que él quiso dar un carácter de necesidad, fueron víctimas así de otra necesidad que hacía uso de los mismos títulos filosóficos: la “evidencia” de los grandes logros subsiguientes a 1928.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que entre nosotros (hoy y en Cuba) no rige la ley del valor? ¿significa solamente que el carácter de regulador espontáneo de la ley ya no puede manifestarse en nuestra economía porque los medios de producción han pasado a ser propiedad estatal y la producción se realiza de acuerdo a un plan? Ya Preobrajenski en 1926, en el epígrafe de su libro titulado “la ley del valor y el capitalismo monopolista” (hay una importante bibliografía sobre el tema sistemáticamente ignorada) apuntaba los cambios estructurales ocurridos en el sistema capitalista que limitaban la acción de la ley del valor, llegando a afirmar que “comienza la transformación de la noción misma de “ley” con la que

se tiene que tratar bajo el régimen de la libre competencia" (p. 157). La concentración de la producción y la formación de grandes monopolios ha hecho posible cierto nivel de planificación capitalista, más aún cuando este proceso se ha acompañado de un fortalecimiento del Estado burgués que ya no es el simple garantizador político del statu quo, sino que es él mismo un factor económico y organizador de inapreciable importancia.

Afirmar que una conquista importante o fundamental del socialismo es la de suprimir la anarquía de la producción es comparar el socialismo con el capitalismo del siglo pasado, lo que es bien poco, por cierto. Y sin embargo los estímulos e instrumentos del neocapitalismo siguen siendo los mismos. Es a este nivel donde hay que buscar las diferencias decisivas, que no son puramente económicas, sino también políticas e ideológicas.

Si Marx derivaba deductivamente de la ley del valor una serie de categorías de la economía burguesa hay marxistas que hacen lo contrario: afirman la "existencia objetiva" de la ley del valor por la constatación em-

pírica de que están ahí (el prestidigitador oculta siempre los orígenes del truco) las categorías que le son inherentes: ganancias, beneficio, precio, etc. Indudablemente hemos escogido el camino más difícil: las cosas claras y sin engaños, no hay ninguna "necesidad objetiva" que nos constriña a la utilización de formas mercantiles en el sector estatal de la economía y, hasta cierto punto, en lo que queda del sector privado. Esto ya está demostrado, es así para cientos de unidades productoras y de servicio, para miles de trabajadores; el problema es otro: demostrar la eficacia a mediano y largo plazo de un sistema que no identifica el interés de la empresa con el de la sociedad, el beneficio individual con la satisfacción colectiva de las necesidades. Para esto es necesario un esfuerzo educacional e ideológico extraordinario, es éste el terreno decisivo una vez que se ha tomado el camino y nuestra vanguardia revolucionaria ha asumido plenamente la responsabilidad. El campo de la economía mercantil se ve así cada vez más restringido. No tienen carácter mercantil los intercambios entre las empresas estatales, no se realizan entre ellas

operaciones de compra-venta, sólo simples transferencias contabilizadas mediante un sistema especial de registro que excluye como principal o fundamental el control financiero por el ingreso. En estas condiciones la incentivación económica como medio básico de estímulo a la producción sería una incongruencia; ésta tiene que contar, sobre todo, con la conciencia de los trabajadores, con la comprensión cada vez mayor y más profunda de los objetivos del trabajo y del funcionamiento global de la sociedad y, por supuesto, con la vigilancia y control virtuales de la dirección revolucionaria que garanticen, de una manera constante y progresiva, la eliminación de los factores innecesarios de irritación y malestar, posibilitando con ello una formación ideológica que tenga como referencia decisiva el ejemplo y prescinda de la estructuración previa de las mentes. Esta labor de educación se hace sumamente difícil (aunque en lo absoluto imposible) si se tiene en cuenta que un control social efectivo sólo puede lograrse en la medida en que el pueblo se aproxime a la vanguardia, destacamento excepcional que vive su

esfuerzo y su sacrificio trascendiendo constantemente el presente.

En cuanto al sector privado sabemos cómo se ha reducido a partir de la ofensiva revolucionaria. Con una concepción mercantilista y burocrática del desarrollo económico no se hubiera hecho necesaria la nacionalización total de los chinchales, se hubiera partido de la premisa de que el desarrollo de la industria socialista conlleva la desaparición *natural* de la producción artesanal y del pequeño comercio ¿Y mientras tanto qué sucedería? Se formaría, como se estaba formando en Cuba, un grupo social automarginado de los grandes objetivos de la revolución con privilegios irritantes en medio de las tensiones y del esfuerzo sostenido del pueblo.

Probablemente este grupo jamás conseguiría un viraje fundamental de la revolución pero si terminaría por hallar sus reflejos políticos en los órganos de poder imprimiéndoles, aunque fuera limitadamente, su conservadurismo, su timidez y su mercantilismo.

La propiedad privada es nuestro país ha quedado restringida prácticamente a menos de la

tercera parte de las tierras cultivables y aquí, por supuesto, se trata de un grupo esencialmente diferente del anterior. Los campesinos han constituido una parte de la historia de la revolución en un doble sentido: programáticamente, porque uno de los objetivos principales, desde el principio mismo, fue su liberación de la explotación secular y brutal de que habían sido objeto; y por su propia participación en el proceso liberador. No se trata de un sector parasitario formado a la sombra de las nuevas estructuras, sino de una clase sufriendo y esquilmada que ha concurrido de manera principalísima a la formación de las riquezas nacionales, de una clase marginada de todos los beneficios sociales, mantenida en la ignorancia y el olvido.

Tales circunstancias determinan una política específica y, más aún, con el fortalecimiento de formas de colaboración que no gravan a la revolución en sus grandes objetivos. La propiedad privada sólo encuentra su realización plena en relación con el mercado y los agricultores privados venden lo fundamental de su producción a los organismos estatales de acopio, evitándose con ello la integración de zonas

negras en la economía, de especulación y mercantilismo desenfrenados; pero además hay una propensión real, dentro de lo posible, dada la resistencia a la innovación que en ocasiones ofrecen ciertas estructuras culturales tradicionales que sólo el tiempo puede disolver, a imprimirle un carácter cada vez más social a la actividad de los pequeños agricultores por su incorporación progresiva a los planes globales. Puede afirmarse incontrovertiblemente que la dinámica de esta clase, influida por la política de la revolución, conducirá a una convergencia en favor de los objetivos trazados.

En las estructuras del subdesarrollo todo conspira contra la transformación socialista. Una de las consecuencias de la dependencia económica del imperialismo es la de una deformación organizativa a todos los niveles, una ausencia de armonía y uniformidad que obstaculiza progresivamente la posibilidad de un desenvolvimiento económico eficiente. Así, mientras no ya ramas, sino segmentos de algunas ramas de la producción o los servicios alcanzan un grado de modernidad y eficacia notables otros sectores permanecen estancados en el mayor atraso

y utilizando los métodos más primitivos. Esto tiene consecuencias sociales desgarradoras: por una parte una masa empobrecida, subempleada o desempleada, inculta, organizativamente inerte; por la otra una élite obrera bien pagada, con oportunidades de alcanzar una calificación relativamente alta y de perpetuar para sí este privilegio a través de sus sindicatos y asociaciones, agentes de venta con comisiones fabulosas en medio de la miseria generalizada, en fin, las mayores irracionalidades concebibles. Esta fue la herencia de la revolución, un conjunto social tremendamente heterogéneo con las estructuras salariales más absurdas, a partir de aquí tenía que hacer su obra. Se podía haber optado desde el principio por un racionalismo económico total que hubiera hecho tabla rasa de todo aquel caos e impuesto, por decreto, un orden laboral al gusto de las exigencias "racionalistas". En realidad esto no era posible dado el carácter eminentemente humano de la revolución, porque hubiera significado reajustes dolorosos y violentos y porque en definitiva su mérito principal hubiera sido el de coadyuvar a un sistema de dirección

económica al que hemos renunciado. Así surgió la idea del salario histórico, así se conservan aún, pese a las correcciones que se han ido haciendo progresivamente, diferencias que no tienen un origen económico estricto.

Lo cierto es que esto va dejando cada vez más de ser un problema en la medida en que van quedando más definidas nuestra política y nuestras posibilidades inmediatas y perspectivas. En primer lugar la retribución que recibe cada trabajador en Cuba no se corresponde con el concepto clásico de salario, esto no solamente se infiere de lo anterior, sino también de las formas y controles de distribución de los fondos de consumo y de los servicios sociales. No es necesario enumerar la larga lista de servicios gratuitos que recibe el pueblo, además los bienes de consumo se distribuyen proporcionalmente, con arreglo a las necesidades de cada núcleo familiar, sin que las diferencias de ingreso en dinero puedan constituir un factor decisivo. Sin haber superado la escasez aún, hemos creado, sin embargo, las bases de una futura distribución comunista. Por otra parte los términos de una política de ingresos profundamente revolu-

cionaria y comunista han sido enunciados por Fidel en su discurso del 26 de Julio en Santa Clara: "la sociedad justa a que aspiramos tiene que comenzar por igualar las retribuciones, esta esfera no puede admitir diferencias en el futuro sea cual sea el origen que para ellas se invoque: la calificación profesional, la jerarquía administrativa o cualquier otra distinción. Cada cual en el sector en que haga su contribución estará sencillamente cumpliendo con su deber social."

La transformación total y radical de la sociedad nos exige, en el terreno económico, un esfuerzo sostenido y no pocos sacrificios. Para nosotros no se trata de alcanzar los niveles de crecimiento de los países de alto desarrollo, sino de multiplicarlos, es la única manera de salvar el atraso que nos impuso el imperialismo. Para ello tenemos que generar un excedente planificado lo mayor posible, es decir, de trabajo no consumido que aparece como la parte de la producción que se dedica a la creación de nuevas riquezas. Esto es, en parte, lo que clásicamente se ha conocido por acumulación.

Marx hizo un profundo estudio de la acumulación capitalista originaria. Esta significó, en primer término, el despojo de los productores directos, la separación del trabajador de los medios de producción, la formación de una gran masa de proletarios y de una burguesía que concentraba en sus manos recursos cada vez mayores que le permitían iniciar cada ciclo con un incremento de inversiones, con un aumento de riquezas. Fue éste un proceso penoso, lleno de violencias, en el que la explotación humana alcanzó los límites más brutales. Y todo esto aparecía, aun para los explotados, como la necesidad misma, como una situación objetiva de la que no se podía culpar a nadie en particular, y el liberalismo burgués se encargaba con sus principios y consignas ideológicas de que así pareciera.

La acumulación a que nos vemos obligados tiene otro carácter. No significa la polarización de los medios de producción en una clase y exige, en nuestras circunstancias, la conciencia de su realización; el peso, las privaciones que imponga, tienen que ser compartidos por toda la nación. Así, la mecanización y tecnificación de la agricultura

requiere millones en importaciones que por eso mismo no pueden dedicarse a la adquisición de bienes de consumo que no producimos y la industrialización, indispensable para el desarrollo ulterior, nos hará las mismas exigencias, aunque a partir de un nivel económico más alto.

Este es pues, un proceso consciente y voluntario y ninguna

"ley objetiva" lleva a su culminación, muy por el contrario cualquier vacilación o debilidad puede producir resultados contraproducentes y llevarnos, a la larga, nuevamente al capitalismo o a nuevas estructuras sociales, pero en ambos casos alejados de los principios revolucionarios.

Noviembre de 1968